

LA TRIBUNA | José Badal Nicolás

Docencia laxa y lenidad

Las normas y los criterios que se aplican hoy en día en la enseñanza primaria y secundaria suponen un engaño que no prepara a los alumnos para la realidad

Lo digo con aflicción, pero en el ámbito de la educación primaria y secundaria cobra sentido la repetida frase de que 'el tiempo pasado fue mejor'. Tengo la impresión de que el sistema educativo español ha pasado por fases más brillantes y ha gozado de mayor aprecio y reconocimiento social, por mor de un mayor tino en la transmisión de saberes (en calidad y cantidad). Décadas atrás primaban la exigencia y el esfuerzo personal y creo que el sistema cosechó mejores resultados (nada que ver con la abrumadora y persistente cifra de abandono escolar de estos últimos años) y ayudó a lograr cotas más altas en urbanidad y civismo que en la época actual.

Claro que los planes de estudios eran otros y también los enseñantes (que ya tenían suficiente «formación en diversidad afectivo-social»). Los programas estaban bien diseñados y eran desarrollados por personas de sobra preparadas y con firme vocación docente, quienes por cierto gozaban de respeto absoluto por parte de alumnos y progenitores (comparen con lo que ahora sucede). Para que se percaten de mi punto de vista, les aclararé que yo nací el mismo mes y año en que se detonó la primera bomba nuclear de plutonio de 19 kilotones en el desierto de la Jornada del Muerto (Nuevo Méjico), en el sitio Trinity. Pueden, pues, colegir los tiempos a los que me refiero.

Tuve la suerte de contar con abnegados y excelentes maestros que supieron inculcarme el hábito del estudio y la perseverancia



en mis tareas, además de abundantes y valiosos conocimientos. Teníamos que aprobar las asignaturas de cada curso para poder pasar al siguiente; a decir verdad, con suspensos en dos o más asignaturas había que repetir curso. Hoy esto es una blasfemia y motivo de anatema. La profesionalidad y competencia de los profesores nunca se ponía en entredicho y los padres agradecían y aceptaban sus opiniones y consejos. Llegado el caso, comprendían que pudiera ser preferible para su hijo repetir curso antes que agobiarle con nuevas asigna-

turas y con más deberes y aborrecerle prematuramente al fracaso escolar.

Ahora el bagaje de conocimientos básicos es notoriamente inferior a la par que el sistema educativo ha cedido ante una mareante y perturbadora monserga (afectividad, sexualidad, identidad de género, empoderamiento, etc.). El resultado es un penoso déficit de saberes de todo tipo que marca de por vida a mucha gente joven. Su vocabulario se ha empobrecido de modo alarmante, no conjugan bien los verbos y a menudo arruinan la gramática

y la sintaxis. La enseñanza y el uso correcto del propio idioma no son objetivos prioritarios. El aprendizaje (de verdad) de una lengua extranjera no se acomete con el rigor necesario y en buena medida se deja a acreditados centros de enseñanza bilingüe.

Todas las materias se han resentido: la Filosofía, la Historia, la Literatura... Seguro que muchos jóvenes no sabrían qué responder si se les preguntase por Descartes, la Marca Hispánica, una égloga o el cimborrio. Los niveles de exigencia en las Matemáticas y la Física se han relajado hasta un punto más que preocupante. A saber qué responderían algunos si se les preguntase por la cotangente, el producto escalar o la impedancia eléctrica. Es grave la cortedad y la escasa profundidad de los programas dedicados a ciencia y tecnología; especialmente en un mundo que ha entrado en la era digital, abocado al manejo de grandes conjuntos de datos y encarado al reto de la inteligencia artificial, que cada vez exige mayores competencias en materias STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas).

Todo apunta a una docencia laxa acompañada de una irresponsable lenidad, lo cual supone un engaño perpetrado contra el alumnado, que luego padecerá su falta de preparación para incorporarse al mundo laboral. Apenas sí se valoran el esfuerzo y el trabajo individual; en su lugar se alienta más el aprendizaje en grupo porque se asevera que favorece la gestión de las emociones socio-afectivas.

La retahíla de consignas es apabullante. En valores cívicos, «se instruirá al alumno sobre la identidad de género». Por lo visto ahora hay muchas opciones, incluso la de ser 'fluido', además de sólido, gaseoso y plasma; aunque luego la biología se empecine en conducirnos a una dicotomía, a una realidad binaria ineludible, y nos lleve a la consulta de urología o ginecología. Se recomienda

«velar por el compromiso de los alumnos en el desarrollo sostenible, la defensa de los derechos humanos y la convivencia igualitaria, inclusiva, pacífica y democrática». Antes, nos enseñaban el hábito del aseo y la pulcritud, a respetar al prójimo, a no insultar a nadie, a no usar expresiones soeces o malsonantes, a comportarnos con educación y a ceder el asiento en el transporte público a quien hubiese menester. Sobre la majadería del lenguaje inclusivo prefiero no ahondar en el tema por conmisericordia.

Sorprende que en Matemáticas se abogue por estimular «el sentido socio-afectivo para ayudar a los alumnos a gestionar sus sentimientos». Digo yo si será porque al hablar de los números primos se ha pensado que es posible ilustrar al alumno sobre una relación de parentesco, o bien porque al referirse a los números imaginarios cabe introducirle en el 'metaverso'. Otra consigna es la de «instruir debidamente para empoderar al alumno como agente del cambio eco-social». En román paladino: preparar al alumno para el día de mañana y capacitarle para arrostrar el castigo bíblico de que tiene que ganarse el pan con el sudor de su frente.

Podríamos seguir con otros ejemplos de palabras huecas, vanas, insustanciales, vacuas, apenas enraizadas en la praxis cotidiana, más cercanas a una ensoñación que a un plan de estudios cabal y detallado. Concluyo con palabras de mi admirado Bieito Rubido: «No explicar filosofía es no ayudar a pensar y a ser críticos. No enseñar historia es no ayudar a comprender tu país y tus orígenes. No colocar a los jóvenes en el camino del esfuerzo es restarles oportunidades». Y yo apostillo: un ser humano sin educación es alguien limitado, imposibilitado para obrar con sabiduría.

José Badal Nicolás
catedrático emérito
de la Universidad de Zaragoza

EN SACO ROTO | Juan Domínguez Lasiera

Ana María entre sus amigos

Recordar es volver a vivir. Es cierto. Es una preciosa realidad. Pero debo confesar que a mí no me sirve, porque para mí el recuerdo de Ana María es permanente, de cada día. No preciso recordar porque para mí ella no es recuerdo, es presente. Pero agradezco infinitamente que amigos de Ana María y míos se hayan reunido aquí, en la cafetería Ragtime, para recordarla con sus escritos en su aniversario. Nunca lo agradeceré bastante.

Y quiero aquí referirme en especial, entre esos amigos, a Charo Ferré Chiné y Manuel García

de Frutos, que han puesto tanta dedicación y tanto afecto en organizar este recordatorio. Y mi agradecimiento también a Jesús Laboreo, dueño del Ragtime, que facilitó espléndidamente la celebración de este acto, a la actriz Teresa Abril, que cerró este acto con sus lecturas, y al gran pianista Toni Mora, que puso música al evento.

Entre otros amigos presentes en el Ragtime no quiero olvidar a mis chicos de la revista 'Crisis', con Fernando Morlanes a la cabeza, a los 'Amigos del Libro', con Eugenio Mateo al frente, o tantos y tantos otros cuya rela-

ción puso el Ragtime hasta la bandera, donde ni siquiera faltaron mis amigas Marisol, Merche, Neli y Mari-Meri, mis chicas de oro y platino, por la plata de sus pelos, que abandonaron el Calgari de sus hábitos y acompañaron a mi hermana Ana Isabel y a mi sobrina Kathy.

Y cambio de tercio con asunto libresco. J. J. Ordovás debería castigarme sin dibujos porque no acudí a la presentación de su libro, 'Castigado sin dibujos', que presentó en el Teatro Invisible, no tan invisible puesto que tiene dirección: Santa Teresa de Jesús, 9. En una edición de Xordica,

ejercieron de padrinos del neófito el escritor Adolfo Ayuso y Julia Millán, de Librería Antígona.

J. J. Ordovás es para mí, esencialmente, el peatón sentimental de esta ciudad llamada Zaragoza, que según él no es otra cosa que el inconsciente al amanecer. La verdad es que uno no sabe cómo interpretar ese aserto. Como J. J. domina el arte de caminar por las calles de Zaragoza debe estar seguro de lo que dice.

Así que uno se imagina a J. J., tan serio él, perdiéndose inconscientemente en la noche zaragozana, toda entera para él, solo atento a esos pájaros que, según mi querido amigo, para nuestro mayor estupor, son los que le enseñan lo que es la inconsciente Zaragoza.

Ordovás sigue peatonalizando su espacio, aquí, en este su último libro, con la mirada más puesta que nunca en su utopía vital, que remite a su biografía y a su mundo infantil. J. J. es un niño grande o un gran niño, y mucho más desde que la paternidad, Gabriel, lo ha abducido.

Ser castigado sin dibujos es un castigo atroz, que la letra con sangre entra, pero aquí las letras están dibujadas para los inocentes. El peatón sentimental también es un peatón inocente y esto le salva de la realidad de la vida, tan poco inocente a veces.

Hay que decir finalmente que J. J. Ordovás también acudió al recital de Ana María. En su corazón leyó un poema. Fue como si cantaran los atrevidos gorriónes y unas gaviotas sin nostalgia del mar.